



Alquimia solidaria en tiempos de pandemia

Por César Rojas Ríos ¹

La crisis generada por la pandemia del coronavirus se puede desplegar como un tríplico nocivo. La primera parte consta de la crisis generada por la propia pandemia, ocasiona la evolución exponencial de infectados y fallecidos a nivel global con velocidades y cifras variables según el país. Parecería que regresamos al sentimiento de fragilidad tan propio de la Edad Media, cuyas poblaciones eran asoladas por pestes y calamidades, haciéndoles sentir que la rueda de la Fortuna las aplastaba de forma inclemente. Ningún experto hoy se atreve a poner una

¹ Sociólogo, comunicador social y conflictólogo. Experto de *roster* en resolución de conflictos para América Latina del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) y del Banco Interamericano de Desarrollo (BID), y consultor regular de la Organización Internacional del Trabajo (OIT). Autor de los libros *Democracia de alta tensión*, *Geografía del conflicto*, *Democracias callejeras*, *Conflictividad en Bolivia* y *Multicrisis global*.

fecha de cierre a la crisis lúgubre del coronavirus. Estamos, por tanto, ante una incertidumbre estratégica: agita los espíritus y desestabiliza las certezas.

La crisis de salud a su vez está provocando una crisis económica (segunda parte), debido a la cuarentena casi mundial y se expresa en una recesión económica agudizada por el paso de las semanas. En su camino deja incubando en millones de hogares un profundo dolor social de carácter multinacional. Es curioso, pero el coronavirus presenta un perfil sociológico totalizador, por tres razones distintas: no diferencia clases sociales, ataca lo mismo a ricos que a pobres; precariza de manera transversal toda la pirámide social: empieza a causar colapsos en gran cantidad de empresarios de las clases altas, a pauperizar a las clases medias y paulatinamente a empujar hacia el miserabilismo a las clases bajas; y no diferencia países desarrollados de subdesarrollados, sino que cruza las fronteras y abraza al mundo, convirtiéndose en un padecimiento global. En el caso de América Latina, fragiliza las ya quebradizas economías nacionales (¿más pronto que tarde se encontrarán en terapia intensiva como se entrevé en el caso de Ecuador?), que comienzan a caminar sobre los vidrios rotos de la iliquidez, el desempleo y el déficit.

¿Activará esta crisis a su vez una crisis social y política (tercera parte)? La recesión económica puede muy bien sobrecalentar gruesos sectores de la población, incapaces de sostener el encierro que significa quedarse en cuarentena sin salir al mercado a obtener el ingreso de cada día para vivir. ¿Se puede estar incubando en los calderos de muchas de nuestras sociedades verdaderos tsunamis sociales, sobre todo tomando en cuenta que en muchos países de la región el año 2019 se habían destapado la caja de los truenos?

Y si fuera así, ¿qué hacer? Si tratamos de predecir por lo visto en el pasado, el patrón más recurrente entre los decisores políticos es la política del avestruz: no mirar el problema, evadirlo; la otra opción es prepararse para el tsunami social, la proactividad, empezar a construir aceleradamente diques de contención (léase unidades de gestión de conflictos), pero el golpe podría ser tan devastador que se los podría llevar por delante.

La solidaridad activa

Entonces, ¿qué? La *prevención*. Y prevenir, para el caso, resulta activar la solidaridad. En este punto se requiere hacer una aclaración: este artículo no es el llamado urgente y movilizador de un lobo estepario reclamando solidaridad, sino el reconocimiento –entre la niebla mediática de un acontecimiento global en curso– del ascenso a la superficie de un valor sumergido y desarticulado, de una voz apagada en el tráfago del mercado renacida en una sinfonía coral, del sentimiento residual de una cultura hedonista que recobra centralidad social en la emergencia actual. La solidaridad en nuestras sociedades está de pie y se puso en marcha sin preguntar ni pedir permiso: “¡Ahora es cuando!”, parecen decirse miles y miles de personas que dan la mano salvadora a otra mano necesitada.

La solidaridad activa se expresa en esta coyuntura en dos formatos distintos: la solidaridad vertical, del gobierno hacia la sociedad a través de bonos, depósitos directos, suspensión de pagos de servicios básicos, reducción de impuestos, subsidios y paquetes de estímulo económico. Y la solidaridad

horizontal, de los favorecidos de la sociedad con los desfavorecidos (en mil iniciativas distintas). ¿Es una actitud interesada o desprendida? ¿Lo hacen por salvarse o por salvar? En el caso de los gobiernos que se activaron (moldeados más por el cálculo político que por los sentimientos), parece tratarse de contener el dolor social para evitar que la frase sartreana se haga cierta: “El infierno son los otros”, es decir, que esa legión de pobres y hambrientos puedan llegar a incendiar la casa común con ellos dentro.

Pero en el caso de los ciudadanos, parece deberse a un movimiento del giroscopio interior –estimulado por los efectos sociales de la pandemia– hacia los vulnerables gracias a un ensanchamiento moral que sobrepasa el yo y se expande hacia los otros. No encallaron en el darwinismo social del sálvese quien pueda, sino que las personas solidarias se descubren como una intersección entre el yo y los otros, dejaron de estar autocentradas en sus intereses y bienestar para bicentrarse también en las necesidades y el bienestar de los demás. Entienden que no todos los ciudadanos estamos en el mismo barco, pero que absolutamente todos atravesamos por la misma tormenta: hay quienes pueden navegar (inclusive años de cuarentena) sin problemas económicos; otros acaso puedan navegar pocos meses; y muchos corren el riesgo de naufragar en semanas sino en días de encierro.

Entonces, tal vez porque comprenden que quien antepone en esta situación el egoísmo por encima de la solidaridad es alguien pequeño de espíritu, alteran la arquitectura de las jerarquías interiores y de esta forma ensanchan su régimen de valores. Entienden que solo una sociedad donde ves sufrir lo menos posible te habilita moralmente a gozar, porque una felicidad sin los otros se convierte a la larga en una felicidad banal. Y que una vida sin los otros se convierte en socialmente deficitaria, porque deshebra el tejido social para convertirlo en el bosque depredador de Hobbes.

Para acabar por entender algunas claves de esta coyuntura insomne, resulta útil hacer un paralelo entre la actual crisis económica en curso con la Gran Depresión de 1929, por una parte, por el deterioro que ocasionó a nivel mundial, y por otra, por el marcado contraste histórico (no así con la reciente crisis financiera global de 2008). La Gran Depresión fue una de las causas que gatilló la Segunda Guerra Mundial y en esos contextos líderes como Hitler, Mussolini, Stalin y Hideki Tōjō, se instituyeron como apóstoles de la catástrofe, exprimiendo el miedo social de sus sociedades en odio racial y nacionalista. Entonces se erigió una heroicidad bélica cuya centralidad la tuvieron aquellos militares que desplegaron una hazaña excepcional en el campo de batalla. Y la manufactura que trajeron entre las manos y las armas fue la muerte. Mientras en la actual crisis de la pandemia ninguno de los gobernantes del mundo pretendió infectar adicionalmente a sus pueblos con el virus del odio, tal vez unos cuantos pretendieron anteponer los capitales económicos a los valores humanos, pero todos los restantes salieron al rescate de sus poblaciones. Los líderes actuales tal vez pueden ser catalogados como “líderes pequeños para grandes problemas”, para decirlo con las recientes palabras de Moisés Naím, pero no como apóstoles de la catástrofe que transforman con premeditación y alevosía el mal en algo mucho peor. Y tenemos ante nosotros una heroicidad de nuevo cuño: la heroicidad médica, donde médicos, enfermeras, camilleros y personal de

limpieza, realizan la tarea sobrehumana y majestuosa de salvar la vida de otros. La manufactura que traen entre guantes, pinzas y gasas, resulta siendo una ofrenda a la vida, luchando a brazo partido para que la pandemia no se parezca a un genocidio viral.

Archipiélago de alquimistas anónimos

¿Saldremos de esta multicrisis global – Covid19 como cuando uno baja de un avión, sin recordar *nada* de lo dicho por las azafatas respecto de las medidas de seguridad? Millones de personas despertaron de esa fiebre del hiperconsumismo y de esa negligencia generalizada respecto de esas “mayorías irrelevantes”, gracias a una conciencia empática que no va rezagada respecto de lo que ocurre, sino que se acompasa y opera de manera sincrónica. Aquí y allá burbujan los alquimistas de la solidaridad –en su anonimato ejemplar, en su silencio ruidoso, en su quehacer obstinado–, pretendiendo transformar la penuria en una brisa de alegría y un rocío de esperanza. La empatía se puso en combustión y la solidaridad entró en locomoción ligando a las personas entre sí al *religarlas* en su perenne humanidad.

¿Estas multitudes empáticas están generando un periodo ético constituyente? Si levantamos la vista sobre el drama de la coyuntura, ¿tendrá potencia de futuro? La sociedad es un campo de fuerzas y hasta ayer el capitalismo y su cohorte de valores materialistas llevaban ventaja y hegemonizaban frenéticamente el campo existencial, hasta que llegó esta multicrisis global - Covid19 y se convirtió en el banco de pruebas del sistema normativo capitalista, revelando su insuficiencia para resolver la propia crisis y menos aún para resguardar el vínculo social.

El sociólogo francés Edgar Morin escribió que “la historia no avanza como un río majestuoso o un glaciar; su progreso es más parecido al del cangrejo. Primero hay una pequeña desviación, luego esa desviación, si es sostenida, crea una tendencia que si desarrolla se puede volver universal”. ¿Crearé residencia la solidaridad en el mundo post coronavirus? ¿Podremos avanzar hacia una visión mutualizada de la sociedad? Lo evidentemente cierto es que este archipiélago de solidarios va mostrando que escriben recto los principios intrínsecos del humanismo en los renglones torcidos y sufridos de la pandemia.

Dos conclusiones provisorias: la primera, el fracaso predictivo del dionisiaco Friedrich Nietzsche, pues no parece rasgar ni el presente ni el futuro de la humanidad la “moral de los señores”, militante de valores guerreros y de la “voluntad de poder”, más bien parece abrirse paso entre el tumulto de los siglos la “moral de los siervos”, hermanada en los valores de servicio, humildad y compasión; y la segunda, que bien vista la humanidad –hoy recobrada en su conciencia de especie ante el cambio climático y la pandemia del coronavirus– se despliega como una fruta que madura al sol lento de muchos inviernos. ◆

Asunción, abril de 2020